

LA CIENCIA Y LA MEDICINA EN UNA UTOPIA ESPAÑOLA: *SINAPIA**

Emilio FELIU GARCIA

Dpto. de Lengua Española
Fac. de Filosofía y Letras
Universidad de Alicante

En el análisis del desarrollo histórico del hombre cabe, en nuestra opinión, conceder una relativa importancia -quizá no debidamente reconocida- a la literatura utópica, por cuanto supone la manifestación de un pensamiento (realizado o no ulteriormente, susceptible o no de haberlo sido) y, al mismo tiempo, la proyección de una realidad social con la que aquél entra en conflicto, puesto que encierra "una fuerza revolucionaria, renovadora de lo existente" (Baquero Goyanes, 1963: 13). Éste es el doble valor que para nosotros tiene la utopía: por un lado, es expresión de una actitud innovadora; por otro, reflejo de una sociedad concreta. De ahí, que podamos considerarla como esencialmente histórica (Backzko, 1971), ya que está determinada por sus relaciones con la realidad. Podemos, incluso, llegar a preguntarnos -y así lo hace Séguy (1971)- si todo cambio histórico no deberá pasar necesariamente por una fase utópica.

Creemos que estas breves palabras introductorias justifican suficientemente la presentación de una comunicación aparentemente "literaria" (tanto por la misma naturaleza del objeto de estudio, como por la formación del que lo realiza) en este VII Congreso Nacional de Historia de la Medicina, que, por otra parte, se presenta con un carácter marcadamente interdisciplinar.

El pensamiento utópico moderno, como es bien sabido, tiene su origen en el Renacimiento y está íntimamente relacionado con el descubrimiento de un Nuevo Mundo, con sus nuevas (a veces, por ya olvidadas) formas de vida, que producen

* Comunicación presentada en el VII Congreso Nacional de Historia de la Medicina. Alicante, 6-9 de abril de 1983.

considerables cambios en la imagen del mundo. Y durante los dos siglos siguientes seguirá siendo una de las formas posibles de expresión de las inquietudes del hombre moderno; más aún, avanzado. Será precisamente el siglo XVIII, el siglo de los heterodoxos, el de las luces, la época clásica de la utopía moderna. no sólo por el número de textos utópicos que ven la luz en ese tiempo, sino también por su gran diversidad temática y genérica (Backzko, 1971).

En la literatura española, sin embargo, pocas han sido las utopías sociales, lo que confiere una mayor importancia al texto que nos ocupa, que se constituye en “el único ejemplo de una utopía sistemática descubierta hasta ahora en España” (Cro, 1980:37), lo que por sí solo le hace merecer un estudio exhaustivo, aún no realizado (o al menos publicado, según nuestras noticias), y que tampoco es el objeto de nuestra aproximación, por múltiples razones.

Aparece la *Descripción de la Sinapia* entre los fondos del Archivo del Conde de Campomanes, depositados en la Fundación Universitaria Española, junto a otro manuscrito del mismo autor anónimo: un Discurso de la Educación; y ambos textos son editados de inmediato por Cro (1975). Un año después de Cro la Editora Nacional publica una nueva edición, esta vez sólo de la *Sinapia*, a cargo de Miguel Avilés (1976)¹, quien aparentemente desconocía la del profesor Cro.

Desde un primer momento se pone de manifiesto el amplio dominio de coincidencias entre el contenido de esta obra y el pensamiento de los ilustrados; compartiendo, especialmente, gran parte del ideario de Feijóo. Así, en la edición de Avilés aparece el subtítulo “Una utopía Española del Siglo de las Luces”, así como afirmaciones del editor tales como

“Mas ¿a qué España se refiere? No cabe duda: A la España del tiempo en que la *Descripción de la Sinapia* tomó forma, la España Ilustrada del siglo XVIII” (p.54).

¹ Las citas del texto pertenecen a esta edición, refiriéndose la numeración a la paginación del libro.

En efecto tal parecería a partir de algunas características de la obra. Pero la toma en consideración de otros manuscritos del mismo autor hallados entre los mismos fondos induce a pensar que la fecha de composición de la Sinapia es bastante más temprana, pudiendo situarse alrededor de 1682, con lo que su autor sería un adelantado del pensamiento ilustrado, partidario de la ciencia moderna, que podemos prácticamente adscribir al movimiento *novator*. De esta forma, la Sinapia "se coloca cronológicamente entre la crisis del siglo XVII y el espíritu reformador del siglo XVIII del que es una anticipación" (Cro, 1980:37).

El anónimo autor de la *Descripción de la Sinapia, península en la tierra austral* se presenta como mero traductor de unas anotaciones de Abel Tasman, navegante holandés del siglo XVII, descubridor de la tierra que en su honor se denominaría Tasmania, así como de Nueva Zelanda; anotaciones que previamente habrían sido traducidas al francés por algún curioso. Según este diario de navegación apócrifo, Tasman habría hallado

"en cuarenta grados de latitud austral y ciento noventa de longitud una península de ciento y cincuenta y tres leguas de largo y ciento y cincuenta de ancho, *rodeada* por levante, norte y poniente del mar del sur y sólo por la parte del sur unida con el gran continente que corre hacia el estrecho de Magallanes [...] Divídenla altísimas serranías (por la parte del istmo) de las feroces naciones de los Lagos y Merganos. etc., permitiendo solamente por difíciles puertos la comunicación con la península" (p.71).

Es, pues, la Sinapia una península situada en las antípodas de España, con la que tiene un gran parecido, separada por altas montañas de los pueblos Lago y Mergano, nombres anagramáticos creados a partir de "galo" y "germano". El mismo nombre del país remite al nuestro (al de su autor): ISPANIA. Y lo mismo puede decirse de su antigua denominación: Bireia (anagrama de Iberia). Casi podríamos decir que se llega a Sinapia dándole la vuelta a España, volviéndola del revés; y no sólo física y toponímicamente, sino también (y fundamentalmente) en lo social, puesto que la determinación de traducir el texto la toma el autor

"por la dificultad con que los que nos habemos criado con lo tuyo y lo mío podemos persuadirnos que pueda vivirse en perfecta

comunidad y los que estamos hechos a la suma desigualdad de nobles y plebeyos difícilmente creemos pueda practicarse la perfecta igualdad. Finalmente, a los que estamos corrompidos con el abuso de la superfluidad, se nos hace muy cuesta arriba que pueda haber felicidad en medio de la moderación" (p.70).

También las últimas palabras del texto son harto reveladoras a este respecto: "Finalmente, se observa que, así en el sitio como en todo lo demás, es esta península perfectísimo antípoda de nuestra Hispania" (p.134).

Esta configuración marcadamente hispánica (o anti-hispánica, si se prefiere) de la península sinapiense viene a confirmar las consideraciones que hacíamos al inicio de esta exposición respecto a la íntima relación existente entre utopía y realidad histórica. En tal sentido, puede afirmarse que toda utopía es, en cierto modo, anti-topía, y tiene, por tanto, una doble lectura. La "lectura utópica", que se inscribe en el dominio de la ficción, reduciendo a la utopía a la categoría de mito especulativo proyectado "para contener o proporcionar una visión de las ideas sociales de alguien, y no para constituir una teoría que pone en conexión hechos sociales" (Frye, 1982:56); y la "lectura antitópica", que supone una sátira oblicua, derivada de la oposición utopía /realidad. Oposición que, en palabras de Baczko (1971:364), "dérive de l'histoire et fait partie de l'histoire". Esta segunda lectura, que exige una mayor homogeneidad entre los contextos de autor y lector, es la que hace aflorar la fuerza revolucionaria contenida en la utopía, a la que antes hacíamos referencia.

La misión del escritor -afirma Aristóteles- no es la de contar las cosas tal y como realmente son, sino como debieran o pudieran ser, diferenciándose así de la del historiador, y resultando "que por eso la poesía es más filosófica y doctrinal que la historia, por cuanto la primera considera principalmente las cosas en general, mas la segunda las refiere en particular"². Según lo dicho anteriormente, la literatura utópica, en tanto que se sitúa más allá (o más acá) de la ficción (del deber ser), remitiéndonos a la realidad (al ser), supone la destrucción de tal antinomia.

El deseo de nuestro autor de alejarse del ámbito estricto de la ficción es

² Aristóteles, *Poética*, III, 7.

manifiesto, no sólo por lo que acabamos de señalar; se hace explícito cuando se presenta a sí mismo como mero fautor, transcriptor de unas notas atribuidas a un personaje real, llegando a afirmar: "Determinéme, pues, a traducirla, a riesgo de que pase por novela" (p.70). Si bien éste es un recurso literario relativamente frecuente, en el caso que nos ocupa adquiere especiales connotaciones.

Y, en última instancia, independientemente de que sea

"verdadera o verosímil, es muy digna de alabanza esta república, pues ha logrado el fin mejor que puede pretenderse o, a lo menos ha dado ejemplo a los que lo quisieren lograr" (p.70).

Con tales caracterizaciones, Sinapia no es en absoluto un *outopos* (País de Ninguna Parte), sino un *eutopos* (Región de la Felicidad y de la Perfección), que remite por oposición a la España del autor, y por armonía al autor mismo. Es un "mito despertado por una rebelión personal contra la condición humana en general bajo la forma de las circunstancias existentes, que se enfrenta con el obstáculo de la impotencia y evoca en la imaginación un otro o un en ninguna parte, donde se haya eliminado todos los obstáculos" (Manuel, 1982:15); expresión de ciertos conflictos sociales que pretende resolver.

Sinapia es una monarquía constitucional electiva sustentada sobre cuatro pilares básicos: la vida en común, la igualdad, la moderación y el trabajo, e inspirada profundamente en el cristianismo. Es una sociedad radicalmente comunalista³, en la que la actividad principal es la educación, y cuya unidad fundamental es la familia, de estructura patriarcal. La magistratura sinapiense está formada por los padres de familia, de barrio, de villa, de ciudad, de Metrópoli, de Sinapia (el senado) y el príncipe; presenta, pues, una figura piramidal, "cuya base es el pueblo, el cuerpo es el magistrado y la cima es el príncipe" (p. 86). Entre los padres de la villa (en número de cuatro),

"El segundo se llama padre de la salud. Cuida de la sanidad.
Visita los alimentos, las casas y el territorio, dando las órdenes

³ Dejamos las consideraciones relativas a la clasificación del texto y a las influencias generales del mismo, dadas las limitaciones de nuestra exposición. Véanse al respecto los trabajos de S. Cro, M. Avilés y F. López ya citados .

necesarias a los padres de barrio. Cuida del hospital, médicos, medicinas y jardín de simples. Da las órdenes convenientes para cuidar que de fuera no puedan comunicarse las enfermedades (p.88).

La medicina aparece integrada en un amplio plan de salud pública, en el que parece merecer una especial atención el cuidar que “de fuera no puedan comunicarse las enfermedades”.

Hay una referencia anterior, que incide sobre la misma cuestión: en la Descripción general de la península (segundo apartado del texto, después de la introducción, en la que ésta aparece -como hemos visto- como una anti-España) se dice:

“Peste no la ha habido sino una vez que la trajo una embarcación de gilolos, que huyendo del estrago que hacía en su país, aportó a éste, pero se atajó presto su curso con las diligencias que se hicieron y con las órdenes que se dieron de cautela no sucediese otra vez” (p.72).

La única epidemia de que se hace mención es ésta. ¿Se trata de otra alusión indirecta a la situación española? Probablemente, si tenemos en cuenta la frecuencia con que la peste bubónica asoló las tierras de España durante la segunda mitad del siglo XVII, tiempo en que, por otra parte, se empezó a adoptar medidas cautelares ante los brotes epidémicos; recordemos entre éstos los de 1647-52, 1676-78, 1679, 1680 y 1681 en diversas zonas de Levante y Andalucía Oriental. En 1678 surge un brote contagioso hacia el oeste de Andalucía

“por contagio no desde la península, sino desde África. El 28 de mayo de 1678 atracaba en Málaga una embarcación procedente de Orán, donde había habido contagio” (Kamen, 1980:84),

hecho bastante frecuente en la época, lo mismo que la suspensión de las medidas cautelares, obedeciendo a intereses de índole económica.

Si aceptamos para el caso de Sinapia la identidad entre eutopía y anti-topía, parece bastante aceptable que la situación que acabamos de describir someramente forme parte de la realidad de la que emerge la "creación utópica“, lo que nos llevaría a suponer como fecha de composición de la

Sinapia los años del penúltimo decenio del siglo XVII, coincidiendo con las opiniones de Stelio Cro (1980) y François Lopez (1980). Recordemos, por último a este respecto, que durante el siglo XVIII los brotes epidémicos de peste bubónica decrecen considerablemente.

Volviendo a los padres de la salud llevan como distintivo de su ocupación particular, bordada en oro en el pecho, una raíz de " cin-seng", y en su casa “está el hospital, el baño, el jardín de plantas medicinales, la botica, el gimnasio para varios ejercicios, el distilatorio, etc.” (p. 92).

La Medicina es una de las artes científicas (junto con la Lógica y la Mecánica), que los sinapienses aprenden en seminarios y academias de carácter público. La ejercitan “al modo de la China, esto es, haciendo juntamente el oficio de médicos, cirujanos y boticarios, emprendiendo sólo de que conocen las enfermedades y saben el remedio” (p. 128). Clasifican las enfermedades en *naturales*, que no pueden ser curadas totalmente, pero sí aliviadas, y *accidentales*, dividiéndose éstas, a su vez, en *lesión de miembros* y *destemplanza de humores*, teniendo cada tipo de enfermedad tratamientos distintos: obras de manos, remedios específicos y ejercicios apropiados para aquéllas; dieta, baños, simples ejercicios, uso del agua fría y caliente y “mudanza de aire” para las humorales. Ya se apunta en estas simples notas la corriente iatomecánica, característica del pensamiento patológico de fines del XVII. Esta primera impresión se confirma cuando, al tratar de la Mecánica (otra de las tres artes sinapienses) descubrimos que uno de los adelantos ha sido el haber “hallado modo de perfeccionar sumamente los sentidos, las fuerzas y agilidad de los hombres, de aumentar, de disminuir, de templar con proporción y de dirigir los movimientos de los cuerpos” (p. 129).

Igualmente la hidrología progresa considerablemente en el siglo XVII, aunque su desarrollo resulta más acusado en el XVIII, “como lo confirma el enriquecimiento de la literatura sobre el tema” (Granjel, 1968: 128).

Para cada indicación disponen de tres remedios diferentes, de los que se valen

“como la naturaleza los produce, según la necesidad y fuerzas del enfermo. No usan de mixtos artificiales, pero se valen de la química

para separar los mixtos naturales y poder aplicar la parte conveniente” (p. 129).

Como es sabido, la difusión de los tratamientos químicos no se dará hasta principios del siglo XVIII. Por otra parte, la aplicación de diferentes remedios “según la necesidad y fuerzas del enfermo” supone una acentuación del carácter biográfico de la enfermedad, reconocido desde el Renacimiento, y que será una de las ideas fundamentales del Padre Feijóo. Dice éste, por ejemplo, en *El médico de sí mismo*:

“Hay, a más de esto, muchas cosas que, aunque sean bonísimas, pero encuentran con temperamentos a los cuales son dañosas, y, por lo contrario otras, que por lo común son dañosas y, sin embargo, a ciertas complexiones les son antídotos en sus males” (p.129)⁴,

de donde la práctica de la medicina se ha de basar en la observación individual. Al igual que nuestro autor, que se muestra partidario de una medicina natural, Feijóo es “decididamente antidroguista”, como ya señaló el profesor Marañón (1971). Y aún podrían indicarse otros muchos puntos de contacto entre las ideas del ilustrado y las del novator, a pesar de la brevedad del escrito que estamos comentando.

Por último, otro aspecto digno de destacar en la sociedad sinapiense es el que el autor refiere como sigue:

“exceptúanse del trabajo manual los que tienen cargo público, los profesores de letras nombrados por el senado, los que están en escuela, seminario o academia, los enfermos actuales, con licencia del padre de barrio y los habituales con la del padre de la salud y los que tienen setenta años” (p. 122).

Aparte el interés que pueda tener esta cita por su contenido estrictamente social, es de resaltar el distinto tratamiento que en este ámbito reciben los enfermos según que su mal sea crónico o agudo. A los enfermos, además, parecen estar reservados “las comidas delicadas, dulces y demás regalos” (p. 104).

⁴ Feijóo, B.J.: “El médico de sí mismo”, *Teatro Crítico*, t. IV. Biblioteca de Autores Españoles, tomo CXLII (p. 37).

Las artes científicas, entre las que -como ya hemos visto- se cuenta la Medicina están compuestas por el conjunto de problemas resueltos por la Ciencia, dividida en tres grandes grupos, que comprenden un total de nueve disciplinas: natural (metafísica o espiritual; física o corporal; dialéctica o humana), moral (ética o buena crianza; económica o casera; política o de gobierno) y divina (revelación o escritura; fé o dogmática; cánones o disciplina).

Además de las escuelas, seminarios y Academia, existe en Sinapia un Colegio, formado por varias clases de sabios ocupados en el adelanto de las ciencias y las artes. Tales sabios pueden ser:

- *mercaderes de luz*, encargados de recoger en sus viajes por el extranjero "libros, noticias, materiales y modelos", que serán entregados al colegio después de ser supervisados por el senado;
- *recogedores*, quienes deben extraer del material aportado por los anteriores, así como de las artes, las experiencias que puedan servir para adelantar la ciencia;
- *repartidores*, que dividen y ordenan estas experiencias;
- *mineros*, que sacan de tales experiencias definiciones o descripciones que serán el fundamento de la ciencia;
- *distiladores*, que de las anteriores sacan teoremas que son el cuerpo de la ciencia;
- *bienhechores*, que resuelven los problemas que conforman las artes;
- y *aumentadores*, que "de todo lo hallado sacan nuevas experiencias de luz superior" (p. 126).

Esta clasificación constituye un vasto plan de investigación. Plan racionalista e integrador, desarrollado sólo en parte en el siglo XVIII (en el que encontraríamos destacados mercaderes de luz, recogedores y repartidores), que prepara el terreno para el nacimiento de la ciencia moderna, y por el que más de uno abogaría aún en nuestros días.

Finalmente, y recordando que "así en el sitio como en todo lo demás, es ésta

península perfectísimo antípoda de nuestra Hispaña", permítaseme insistir en la necesidad de hacer de todo lo dicho una lectura anti-tópica para poder así hallar en la ficción su verdadero (y esencial) sentido histórico.

Referencias

Avilés, M. (1976) (ed.): *Sinapia. Una utopía española del siglo de las luces*. Madrid: Editora Nacional.

Backzko, B. (1971): "Lumières et utopie", *Annales*, XXVI, 2: 355-386.

Baquero Goyanes, M. (1963): *Perspectivismo y contraste*, Madrid: Gredos.

Cro, S. (1975) (ed.): *Sinapia. A Classical Utopía of Spain*. McMaster University.

Cro, S. (1980): "La utopía en España: Sinapia", *Cuadernos para Investigación de la literatura Hispánica*, 2-3: 27-40. (p. 37).

Feijóo, B.J.: "El médico de sí mismo", *Teatro Crítico*, t. IV. Biblioteca de Autores Españoles, tomo CXLII.

Frye, N. (1982): "Diversidad y utopías literarias", en F. E. Manuel (ed.), *Utopías y Pensamiento Utópico*, Madrid: Espasa-Calpe.

Granjel, L. S. (1968): *Manual de Historia de la Medicina*. Universidad de Salamanca.

Kamen, H. (1980): *La España de Carlos II*, Barcelona: Ed. Crítica.

Lopez, F. (1982): "Una utopía española en busca de autor; Sinapia. Historia de una equivocación. Inicios para un acierto", *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Moderna*, 2: 211-221.

Manuel, F.E. (ed.) (1982), *Utopías y Pensamiento Utópico*, Madrid: Espasa-Calpe.

Marañón, G. (1971): "Las ideas biológicas del Padre Feijóo", B.A.E., tomo CXLI, p. LXXXVIII.

Séguy, J. (1971): "Des sociétés imaginées", *Annales*, XXVI, 2: 328-354.